

Una experiencia más profunda

DÍA 9º: UN PODER MAYOR QUE LA DUDA

«Porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2 Tim. 1: 12).

«La prueba da positivo: ¡Estás embarazada!». No pude esperar a compartir esta buena noticia con mi marido. Nuestra hija tenía casi dos años, y el actual embarazo permitiría una distancia perfecta entre los dos hijos. Sin embargo, nuestro gozo se tornó tristeza no una vez, sino dos. Más tarde, en el transcurso de ese mismo día, experimenté algún dolor en la parte inferior del abdomen y acabé en el hospital. Los exámenes confirmaron las sospechas del médico: embarazo ectópico. Una de mis trompas uterinas (o de Falopio) se había roto, causando una hemorragia interna potencialmente mortal. La intervención quirúrgica reparó el daño físico, pero no mi frustrado corazón.

Después de muchos años de intentos infructuosos de quedarme embarazada, mi médico me dijo que era imposible debido a los daños en el tejido causados por la hemorragia. ¡Yo estaba resuelta a probarle que se equivocaba! En mi corazón, me decía: «Sirvo a un gran Dios; él hizo un milagro con Sara, permitiéndole quedarse encinta contra todo pronóstico, y es capaz de hacer un milagro conmigo». Deposité toda mi fe en las manos de Dios y no pasó mucho tiempo hasta que me quedé nuevamente embarazada. ¡Dios había contestado a mi oración! Estábamos muy entusiasmados. Aumentaron nuestra fe en las promesas del Señor y nuestro amor por él.

Mi esposo y yo paseábamos junto a un pacífico río en una tarde soleada de sábado cuando sentí un dolor familiar en el costado. Había experimentado eso mismo antes, pero lo ignoré rápidamente. Más tarde, a lo largo de la tarde, el dolor se intensificó y, nuevamente, acabé en el hospital. Las pruebas confirmaron mis temores: era un segundo embarazo ectópico, y yo necesitaba una intervención urgente.

¿Qué ocurre cuando un cristiano pone toda su fe en las promesas de Dios, solo para sentirse decepcionado? ¿Dónde está lo bueno de lo que habla Romanos 8: 28? Me sentí cubierta de nubes de dudas. Me preguntaba: *«¿Por qué, Señor? ¡No lo entiendo! ¿Por qué diste respuesta a mi oración, y luego la retiraste? ¿Por qué me has fallado?»*.

Tumbada en la cama del hospital, me sentía muy desanimada. Estaba dolorida físicamente y emocionalmente exhausta. ¡No quería ver a nadie! Mi enfermera me aseguró que el agua caliente me ayudaría a sentirme mejor y me ayudó a ducharme. Las lágrimas me resbalaban por el rostro. Pensé que debía orar pero no podía. Me sentía totalmente abandonada por Dios. El vapor de la ducha era como las oscuras nubes de una tormenta. El diablo llegó a tiempo para sugerirme: *«¿Es así como recompensa Dios a quienes confían en él? ¿Es así como muestra su amor?»*.

Pero Dios no me había abandonado. Me sentí incitada a repetir las siguientes palabras en voz alta: «Dios me ama». No estaba segura de si podía hacerlo, o incluso de si quería. Pero por segunda vez, con gran intensidad, me sentí movida a ello, así que lo dije: «Dios me ama». Repetí la misma frase tres veces, cada una de ellas enfatizando una palabra diferente: «DIOS me ama». «Dios me AMA». «Dios ME ama». Con la tercera declaración, ¡la oscuridad me abandonó! Regresé a la cama completamente agotada y quería estar sola.

Estas palabras que Jesús le dijo a Pedro llevaron más tarde consuelo a mi corazón: «Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después» (Juan 13: 7). Luché con Dios por mi pérdida. No podía entender por qué había ocurrido, especialmente cuando había ejercido la fe... Oré por un milagro, y Dios me dio uno. Pero aprendí que el verdadero milagro era que el poder de Dios era mayor que mis dudas y que él podría mantenerme unida a él a través de cualquier dificultad. Como Job, puedo decir: «Aunque él me matare, en él esperaré» (Job 13: 15). «Él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro» (23: 10).

«Dios nos da lecciones de confianza. Nos enseña dónde debemos buscar fuerza y ayuda en tiempos de necesidad. Así obtenemos un conocimiento práctico de su divina voluntad, tan necesario para nuestra experiencia vital. La fe crece con fuerza en conflicto honesto contra la duda y el temor» (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, APIA, 2007, p. 118). «En la vida futura, se aclararán los misterios que aquí nos han preocupado y chasqueado. Veremos que las oraciones que nos parecían desatendidas y las esperanzas defraudadas estuvieron entre nuestras mayores bendiciones» (*El ministerio de curación*, APIA, 2011, p. 340).

FORMATO SUGERIDO PARA EL TIEMPO DE ORACIÓN

Alabanza

- Señor, te alabamos porque eres el Padre de toda compasión, el Dios de todo consuelo (2 Cor. 1: 3-7).
- Te alabamos por sanar nuestros corazones quebrantados y vendar nuestras heridas.

Confesión y reclamación de la victoria sobre el pecado

- Perdónanos, Padre, cuando nuestras dudas desbordan nuestra capacidad de confiar en ti.
- Gracias por el perdón que tan maravillosamente nos ofreces.

Súplica e intercesión

- Pedimos que nuestra fe sea fortalecida mientras afrontamos la duda y el miedo.
- Que los miembros de nuestra iglesia, los pastores y los dirigentes de todo el mundo se alimenten de la Palabra de Dios cada día. Que nosotros también te busquemos en oración personal. Recuérdanos que, sin ti, nada podemos hacer.
- Oramos por **las cinco personas de nuestras listas de oración**. Dale corazones para que te conozcan como dice tu Palabra en Jeremías 24:7.

Acción de gracias

- Gracias por consolarnos en todos nuestros problemas, para que podamos consolar a otros.
- Gracias, Señor, porque tu fuerza se perfecciona en nuestra debilidad.

